

sa por su carácter marítimo. Millares de embarcaciones jeteras se reúnen para dar caza a una traineira. El mar se cubre de botes y lanchas. ¡Es pintoresco! A fin de asegurar el orden se piensa enviar un buque de guerra a aquellas aguas. Los pescadores renuevan ahora un espectáculo que acaso en los siglos x y xvi se dió para rechazar a corsarios normandos, piratas ingleses y tunecinos, y otros enemigos que asolaban las costas. Y repito que no bastará asegurar el orden en lo externo: mientras el problema no se apure, y no se arbitre medio de restablecer la armonía en los hogares y en los corazones, renacerán de los pedazos cortados de la hidra furores y airadas represalias.

* *

Y ¿cuándo se darán cuenta los gobiernos, el gobierno siempre igual, mande quien mande, de que estas cuestiones deben estudiarse en los períodos de calma y paz, no esperando a que adquieran lo único que aquí por lo visto preocupa: carácter de motín? Si aquí se supiese gobernar, el poder sería tolerante, amplio, previsor, paternal, blando con exceso, en los períodos normales, que son ó deben ser los más frecuentes; y severo, firme, inflexible, en los anormales. ¡Suele hacerse todo lo contrario! La agitación de las conciencias le preocuparía más que el molinete de los brazos disparando peladillas de arroyo. Evitaría el desorden antes de que se produjese; atacaría el mal en sus causas. Como los buenos médicos, preferiría la higiene a las drogas, la precaución a los remedios heroicos *in extremis*. La autoridad debe quedar triunfante; sólo que la autoridad debe tener razón.

Predomina otro criterio. Mientras no arde ninguna casa, ni suenan disparos y gritos, el poder, replegándose voluptuosamente en la poltrona, dormita con el gato en el regazo (supongamos que el gato es la guardia civil). Se arma la bronca; retumban los truenos..., y entonces se piensa en Santa Bárbara y se reza el Trisagio y se enciende la vela bendita...

* *

¿Os gustan las tarjetas postales ilustradas? Si tenéis menos de veinticinco años, de seguro respondéis que sí; que con pasión. Una de las pequeñas manías de la vida contemporánea es esta de las tarjetas. Ha venido de pronto; hace cuatro ó cinco años (en España al menos), nadie pensaba en enviar a nadie cartulinas con vistas ó retratos de celebridades; en ninguna tienda se encontraban tampoco. Duraba por entonces, en la gente joven, la moda de los sellos coleccionados, y los que recibimos correo de las cinco partes del mundo teníamos la preocupación de recortar y guardar sellitos que nos pedían con empeño las mamás para los chicos y los hermanos mayores para los menores. Las tarjetas postales andaban tan desatendidas, que los carteros aun cometían el abuso de cobrarlas como cartas; el público ignoraba que debían repartirse gratis. Casi nadie escribía en tarjeta postal, allá cuando eran baratas. Desde que se han convertido en un artículo de lujo, en un juguete bonito, nos inundan. Sería curioso saber lo que se gasta al año en tarjetas postales en el mundo entero.

Lo mismo que la manía de los sellos, la de las postales ilustradas tiene sus ventajas, que debemos proclamar. Los sellos enseñaban su miñita de geografía y familiarizaba a los niños con las caras de reyes y presidentes. Las postales ilustradas dan a conocer sitios, monumentos, costumbres, obras de arte; *ilustran*, de un modo superficial, fácil y cómodo; y hasta — publicando las *Doloras* de Campoamor, por ejemplo — favorecen a las letras y despiertan la afición a la poesía. Lo malo es que entre las postales, el telégrafo y el teléfono, la carta se muere, la carta desaparece, la carta pasa a ser un recuerdo histórico, un cachivache de antaño, y la generación nueva acabará por no saber cómo se redacta una carta, pues ha prescindido completamente de ese medio de relación.

* *

En efecto, lo que seduce en las postales ilustradas al mayor número de redactores, es principalmente que no hay que redactarlas; que no piden ingenio, ni cortesía, ni gracia, ni afecto; que la sequedad, la brevedad, la impersonalidad del estilo, las caracterizan. No hay que romperse la cabeza: la estampita es el asunto; lo escrito nada importa; y ya, si lo reemplazan los versos de Campoamor, se llega al ideal de decirlo todo por boca ajena, y con una firma y un sello de cinco céntimos, tan campantes.

La postal ilustrada representa, en correspondencia, el espíritu yanqui: la concisión y el ahorro de tiempo y de sensibilidad. Un álgebra, un signo: una firma, una abreviatura: he ahí el epistolario moderno.

Y es todo un género literario lo que hace caducar la carta postal ilustrada. Un género literario que encierra obras maestras, como las cartas de la señorita de Lospinane, las de la señorita Ainé, las de la monja portuguesa, por no hablar de las universalmente célebres de la marquesa de Levigné, que es la reina de las *epistolieres*. Hoy, la marquesa enviaría a su hija idolatrada las noticias de la corte en postales con vistas de París, sus monumentos, paseos y calles. Porque desde que las postales se han generalizado, se escribe en ellas sin temor, aquel pueril temor de antaño a que los empleados las leyese. Se llega a más: una amiga mía muy discreta afirma que si se quiere escribir algo reservado, debe hacerse, no en carta cerrada cuidadosamente, sino en tarjeta postal ilustrada; porque a nadie se le ocurre que allí se diga cosa alguna, ni nadie piensa sino en la estampita, en la aleluya, en el mono.

* *

El lujo se ha desarrollado en las postales: las hay que cuestan sumas relativamente crecidas. Y aun no costando mucho, siendo de las módicas, de á diez, quince ó veinticinco céntimos, el chorro de postales representa regular desembolso. Para reunir una mediana colección (de tres á cuatro mil tarjetas), se puede calcular un gasto mínimo de mil quinientas pesetas. Se dirá que el que recibe una postal no tiene ni que pagar al cartero. Verdad es; pero no por eso ahorra un cuarto, pues para recoger tarjetas tiene que sembrarlas pródigamente. El mérito de la postal no consiste en sí misma, sino en la huella de haber pasado por el correo y en los garapatos de tinta que trae. El bonito grabado ó fototipia que se adquiere en perfecto estado de limpieza, no tiene valor ni se estima mientras no se mancha con la pluma y estropea con el timbre.

Tan cierto es que la tarjeta postal ha matado la carta íntima, que (nótese) ha establecido la costumbre de la comunicación con desconocidos: preferentemente con desconocidos, que se buscan por medio de secos anuncios en los periódicos. «Un corresponsal en Yokohama.» «Un corresponsal en Melbourne.» «Un corresponsal en San Francisco.» Y postal va y postal viene, sin despertar en el alma ni el más insignificante recuerdo ó emoción de amistad, ni siquiera de leve y difusa simpatía. X... escribe á X; mejor dicho, no le escribe: le *postalea*. Tan extraña relación se prolonga meses, años...

He preguntado á los *postalistas*: «En la comunicación de aficionados varones y hembras, ¿no hace á veces de las suyas el niño inmortal?» Y me han respondido: «Es rarísimo. Quizás no se cuenten dos casos en millar de corresponsales.» La aridez de las fórmulas, lo público y abierto de la misiva, son espinas en que desgarran sus alas de pétalos de rosa el Amor. La misma galantería pierde en las tarjetas sus derechos. Los padres que tienen hijas pueden ver con tranquilidad la llegada cotidiana de las ocho ó diez estampitas negras ó de colores. Probablemente no contendrán sino cosas tan volcánicas como esta: «Recuerdos á la familia.» «Ahí va la fotografía del Papamoscas de Burgos.» «Aquí llueve mucho.» «A Periquito le vi ayer.»

* *

La ilustración de las postales, en su mayoría, tampoco revela gran esfuerzo de imaginación. Una colección de vistas de Marinada — verbigracia — que acabo de comprar, se limita á una serie de calles modernas, iguales todas. Las postales hechas de *chic* son doblemente insulsas. No pasan, por lo regular, de la altura de las cajas de fósforos: mujeres con ojos más grandes que la boca. ¿Dónde están los que ideaban, componían, dibujaban los países de abanico, maravillas de ingenio y de simbolismo ameno, filosófico y galante? ¿Dónde? Hoy nadie tiene una idea para un remedio. Nadie discurre. Las postales se prestan á derrochar en la ilustración el *esprit* y la travesura, ya que se ha de economizar estrictamente en el texto. Sin embargo son, en su inmensa mayoría, de una vulgaridad que descorazona. Las mejores, las tomadas del natural, que reproducen escenas, tipos, episodios de la vida real, sin otra salsa ni otro adorno: la verdad, el cinematógrafo que sin cesar se desarrolla á nuestra vista...

Y he ahí cómo las postales ilustradas constituyen un nuevo é inesperado triunfo del naturalismo...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

MARINOS. — POSTALES

No he conocido nunca planteado con tal desnudez el arduo problema social, como en este pleito de los aparejos de pesca en las rías gallegas, pleito que ha obligado á un ministro español á salir de la profesional apoteosis de los ministros, y venirse acá con todo el tren á ver si lo remienda.

Siempre es de buen efecto que los ministros se muevan y se tomen el trabajo de mirar las cosas por sus propios ojos, recibiendo directamente — lo directamente posible — el hábito de la realidad; pero hecha esta declaración obvia y sencilla, añado que, en el pellejo del señor duque de Veragua, el estadista más ducho había de verse apurado para encontrar á la cuestión del *xeito* y la *traña* compostura que no sea una mala soldadura, de esas de estaño, que saltan pronto. A Cristóbal Colón en persona, tronco de la casa ducal, quisiera yo en la ría de Arosa concertando á traineros y jeteros. En sus tiempos, Colón no se andaría con chiquitas: apelaría á los recursos que le sirvieron siempre para acallar sediciones: con ahorcar á los cabezas de motín, y á los restantes echarles bonitamente unos grillos, cátese á la ría transformada en balsa de aceite. Sólo que los tiempos varían... y hoy ese sistema va desacreditándose.

* *

El problema es tremendo y peliagudo. Las dos partes, si se las oye, parecen tener razón. Libreme Dios de dársela á ninguna de ellas. Para eso no soy ni ministro de Marina, ni hombre de Estado, ni alcalde, ni gobernador, ni diputado, ni fomentador, ni cosa que lo valga. Todas estas entidades que acabo de nombrar se ven en calzas prietas ante la insoluble cuestión. Los traineros invocan la ley, los jeteros el hambre de miles de familias pobres, que vivían del mar, privadas del medio de subsistencia. Y aquí está el conflicto, el terrible conflicto, que no hago sino referir y que tiene á la ría en constante ebullición tormentosa.

Conociendo como conozco el carácter de mis paisanos, no me hubiese sido difícil augurar que aquí el peligro revolucionario va unido á las cuestiones económicas. No es avaro el gallego: en este concepto, la fama se pasa de injusta; no es ni avaro, ni ahorrador, ni negociante: dadle el pan de cada día — y ración bien frugal, bien escasa — y se contenta, permanece pasivo; no sueña en mejorar de fortuna, ni en cambiar de estado. Pero aquel mendrugo diario no se lo quitáis, ó lo empujaréis á las resoluciones extremas. La apatía misma de su carácter le conduce á mirar como único bien la estabilidad, la seguridad del mohoso mendrugo, la certidumbre del *caldó* á su hora. De ahí, no de espíritu aventurero ó de sed de riquezas, nace la emigración. Que el gallego tenga lo suficiente para no fallecer de necesidad, él y su mujer y sus hijos, y ni le cruzará por las mientes la idea de desarraigarse del terruño. Que el pescador de las rías pueda vender su sardina, y no pedirá nunca mejoras, ni comodidades, ni gollerías con las cuales no cuenta.

* *

Claro es que al peligrar el sustento, se acabó la pasividad. Las Rías Bajas han sido teatro de escenas pavorosas, y quizás cuando esto escribo haya vuelto á correr la sangre. Es una lucha social, rara y curio-